



Rompepistas (Anagrama, 2009)

Corre el verano de 1987, y para Rompepistas, un punk miope y desgarrado de diecisiete años nacido en el extrarradio de Barcelona, los únicos que importan son Generation X, los Clash, los Jam y su propio grupo, Las Duelistas. Las horas se aceleran al lado de sus mejores amigos: Carnaval, el batería gordito, Clareana, su ex novia, y el Chopped, cabecilla de los Skinheads por la Paz. Son los chicos con botas, con las almas rotas y la ropa descosida, sin modales y sin futuro, sin nada que perder. Y el universo de Rompepistas parece a punto de estallar. Llena de patadas y puñetazos, punk rock y reggae, victorias pírricas, curas malvados y el desespero callado del cinturón industrial barcelonés,

Rompepistas es una emocionante novela de iniciación que narra con intensidad y gran sentido del humor el paso de la adolescencia a la primera juventud. Escrita con profunda sensibilidad, ritmo y con la exacta mezcla de misantropía e ingenuidad de aquel Holden Caulfield que sedujo a millones de lectores en *El guardián entre el centeno*, esta novela explora la amistad y la culpa, los lazos de sangre, las promesas rotas y la redención del baile, y desgrana los miedos y avatares de la pérdida de la inocencia.

Ficha técnica

Lengua: CASTELLANO
Encuadernación: Tapa blanda
ISBN: 9788433923950
Colección: ANAGRAMA:
CONTRASEÑAS
Nº Edición: 1ª
Año de edición: 2009
Plaza edición: MADRID

Kiko Amat

Kiko Amat (Sant Boi, 1971) es escritor accidental, periodista cultural sin carrera, anglófilo militante y apasionado fan del pop. Escribe para el suplemento Cultura/S de La Vanguardia, El País y la revista Rockdelux, y coedita el fanzine La Escuela Moderna. Actualmente vive en Barcelona con sus pelirrojos mujer e hijo, cuatro mil discos de vinilo y sus nervios. Rompepistas es su tercera novela. Antes había publicado, también en esta colección, El día que me vaya no se lo diré a nadie y Cosas que hacen BUM: «Es el Kiko Amat más irónico e irreverente, que se ríe de sus propias mitologías con gesto zumbón... Ya ha dado dos novelas divertidas, chillonas, discretamente snobs, y del que se pueden esperar las mejores cosas» (Julià Guillamon, La Vanguardia); «Ágil, fresca y tremendamente contagiosa. Así es la prosa de Kiko Amat» (David Morán, ABC); «Una voz sencilla y divertidísima, espontánea casi por casualidad, intensa, embaucadora, melancólica, obsesiva, apasionada y con una capacidad exquisita para reírse de sí misma y vivir como si nadie supiera nada» (Lolita Bosch, Revista de Libros).



Kiko Amat

“Los libros sobre los 80 se escriben sin pelotas ni corazón”

- (06/02/2009)

Novelista accidental, DJ y periodista, Kiko Amat (Sant Boi, 1971) retrata en Rompepistas (Anagrama) sus 17 años punkis y desfasados en una ciudad del extrarradio barcelonés, una adolescencia de “rata con botas” de la que sigue haciendo bandera.

Pregunta: ¿Qué le ha prestado Kiko Amat a su *Rompepistas*?

Respuesta: Las emociones, la confusión, la debilidad mezclada con cierto orgullo personal, la arrogancia como camuflaje... Muchas cosas, es un 70% yo mismo a los 17 (aunque más listo). Sólo le puse gafas para disimular. Y le di asma, al pobre.

P: ¿Qué cree que diría si hoy leyera esta novela?

R: “Al fin alguien ha contado todo esto, joder. Creía que tendría que estar repitiéndolo en bares de mierda el resto de mi vida”

P: ¿Qué le queda de esa gente “que uno no quiere conocer”, porque viene de lugares “adon-de uno no quiere ir”?

R: Son mis amigos más antiguos, y la gente con la que compartí los 17. Esos vínculos son indestructibles. Nadie más que ellos puede comprender esa parte de mi experiencia vital. El libro es un homenaje a esos chicos con botas.

P: ¿Alguna vez, como *Rompepistas*, perdió su nombre?

R: Alguna vez, como *Rompepistas*, quise olvidar de dónde vengo y lo que soy y lo que me hizo así. Pero nadie olvida jamás.

P: ¿Cómo y cuándo lo recuperó? ¿en Londres?

R: No, más bien todo lo contrario. En Londres aún luchaba con todas mis fuerzas por deshacerme de una parte de mi legado. Cuando vi que era imposible, decidí abrazarlo para siempre jamás. Es lo justo.

P: ¿Y cómo conquistó su lugar en el mundo?

R: El lugar que ocupo en el mundo viene dado en línea recta por las cosas que aprendí esos años. Mis 17 son mi genética; todo lo que soy se explica por esa adolescencia de rata con botas.

P: ¿De qué sigue sintiendo “sez”?

R: Sez sólo se utiliza para la sed de borrachera grande. En ese sentido, la sigo teniendo a menudo. Vengo de una cultura de bebedores sociales, qué quieres.

P: ¿Y como escritor?

R: Sigo pensando, como dijo el viejo odre de Bukowski, que “style means no shield at all”. Como *Smokey Robinson*, intento mostrar el máximo de emoción personal y abrir mi corazón todo lo posible en cada cosa que hago. Mi alma está ahí, colgada en esos libros y artículos; que la gente la acaricie o le pegue cuatro escupitajos ya no es cosa

mía. Yo solo quería ser honesto y puro.

P: ¿Piensa, como *Rompepistas*, que EL MAL es el poder?

R: Sí. Pero el poder tiene muchas formas, y la coerción se aplica de muchas maneras. Puede ser a hostias, pero también inculcando el sentimiento borreguil, de manada, asfaltando la vía de la conformidad para que nadie proteste.

P: ¿Por qué (en general) quienes narran la juven-tud callejera de finales de los 80 suenan falsos?

R: Esos libros no están escritos ni con el corazón ni con las pelotas. Sus autores buscaban un cierto tipo de notoriedad, en lugar de una Gran Verdad. No vienen de una gran exultación, o emoción, o un gran cabreo. Son una basura y todo el mundo lo sabe. Incluso sus autores. Es muy difícil camuflar la deshonestidad y el cinismo.

P: ¿Quién, de esos autores, le disgusta más, y a quién, en cambio, no ha dejado de admirar?

R: A pesar de mi ocasional neanderthalismo, soy educado como un inglés, así que no voy a nombrar uno en concreto. Pero sí puedo decir que gracias a uno de ellos decidí escribir narrativa. Pensé: “Haga lo que haga, no será peor que este montón de estiercol”. Por otro lado, el único novelista español que admiré, y en quien me reconocía (en cierto modo: por intención, y bagaje) era Casavella. Soy fan de dos autores semidesconocidos: Pablo Rivero (de Gijón) y Carlos Herrero (de Madrid).

P: ¿Qué sería de esta novela sin la música?

R: Los discos fueron el único ejemplo de belleza que había a nuestro alcance en 1987. La única cosa sin mácula, pura y hermosa, que nos estaba permitido tocar, usar y vivir. Nada se explica sin ellos.

P: ¿Y de Kiko Amat?

R: Los discos y el amor son las cosas más im-portantes que conozco. Y los vermutos en junio. Y los zapatos blancos.

P: *Rompepistas* pone punto final a una trilogía sobre la adolescencia y juventud, ¿ahora qué?

R: Lo que me toca. Una novela sobre cuarentones confusos e igualmente acojonados que aquellos *teenagers*.

Revista de Letras

Rompepistas, de Kiko Amat

23.07.09

Una novela sobre los años brutales de la adolescencia. “Dar cera pulir cera”, escribe el autor y ya estamos enmarcadas temporalmente: los ochentas. Esa es la historia detrás de la brillante novela de Kiko Amat *Rompepistas*, que tiene como título el nombre de su protagonista, un joven feo, miope, con una familia desestructurada y que vive los ochentas como su década prodigiosa en un barrio del extrarradio barcelonés.

Un texto el de Amat, al que llamaremos “onomatopéyico”, lleva de paseo al lector por los escenarios de aquella adolescencia triste, punk y llena de amistades raras, profundas y casi eternas. El aparato novelístico hace “clic” y luego “bum” y en las manos del lector estallan sentimientos de todos los colores y hacia todas las direcciones de sus protagonistas.

Frases brillantes, metáforas urbanas y argot del barrio hacen de esta novela un testimonio literario de aquella generación en la que todos estaban condenados a fracasar pero que triunfaron aquellos supieron resistir, escapar y no olvidar.

Rompepistas está enamorado de Clareana, una mujer de armas tomar que además forma parte del grupo punk del protagonista “Las duelistas” pero pierde el amor de esta. ¿Qué pasó, ¿recuperó su amor? Hay que ir detrás de Rompepistas para que él mismo lo cuente, nos lleve hasta allí y nos permita oler, ver y escuchar el fondo y la atmósfera de una historia contada con esmero técnico y con una emocionalidad brutal que nos eleva y nos deja caer en este mar de sentimientos que es la novela.

Todo arranca camino de un entierro. Vienen los recuerdos, nos vamos con la memoria al principio de todo y poco a poco lloramos, reímos o nos sentimos atrapados en varios test bizarros que los protagonistas se plantean unos a otros. La búsqueda de los sueños, la amistad la familia desestructurada, la ternura de los padres o el viejo abuelo de protagonista hacen que esta novela un viaje al corazón tenebroso de unos años asfixiantes para el protagonista: su adolescencia.

Kiko Amat aprovecha todos los recuerdos comunes para hacernos ver su historia, canciones, series de televisión de la época, dibujos animados, comics de aquí o de fuera y sobre todo el uso constante y acertado sin cargar de la onomatopeya o de la pronunciación del argot escrita como suena, para que el lector esté correctamente orientado y saboree los diálogos nada convencionales de esta historia.

Tiene de acierto la novela muchas cosas, pero una de las que más destacaríamos es el hecho de que el narrador, desde el principio, nos dice mira, huele, escucha, sumergiéndonos así ya no sólo en la lectura sino al paseo con el autor.

En algunos momentos el protagonista y narrador nos despista, se queda con nosotros, nos dice en una escena una cosa para luego confesar que no lo dijo así, aunque quería hacerlo, pasando luego a relatar el hecho concreto. Amat ha conseguido que este libro, este artefacto que hace “bum”, funcione con perfección suiza, “tic tac, tic tac” y cuando menos lo esperamos todos saltamos por los aires de las emociones bien dibujadas y equilibradas sin ser ni cursi ni soez.

Al final, Amat nos ofrece un amplio inventario de la música de *Rompepistas* e incluso elabora una lista de la música que escuchó mientras la escribía. Así nos damos cuenta que muchos conceptos e ideas vienen de esos temas e incluso la estructura narrativa obedece a la manera de escribir canciones.

Fraseo corto, directo, bloques de escenas breves, como si de un boxeador técnico se tratase, Amat va ganando con su novela toda la pelea a los puntos pero al final termina noqueando de alegría por la buena literatura al lector. Mucho humor en la peripecia de *Rompepistas* que recuerda bastante al Jorge Castro de una novela panameña (*Los juegos de la memoria*) que también es feo pero resultón y cuyas historias en relación con el barrio son tan tristes algunas o tan brutales otras que arrancan del lector una sonrisa que mitigue lo amargo de la circunstancia.

Cuando terminen de leer esta novela querrán más, querrán seguir leyendo más de Kiko Amat, un autor adictivo, que tiene mucho más que decirnos y del que ya esperamos una próxima entrega.

Pedro Crenes Castro



Kiko Amat: Literatura de extrarradio

Con “Rompepistas” (Anagrama), su tercera novela, Kiko Amat rinde un conmovedor tributo al barrio que le vio crecer y, sobre todo, a ese año crucial en el que suceden las cosas importantes que nos marcan para siempre.

Texto Philipp Engel Foto: Mario Krmpotic y Denominación de Origen: Sant Boi.

Todo el mundo que conoce a Kiko Amat en Barcelona sabe que es de Sant Boi. Sus lectores, también. Es algo que reaparece constantemente en todo lo que escribe, como una denominación de origen tatuada en la piel, como una maldición de la que no reniega, como un estigma del que se siente orgulloso. Yo mismo debí de sufrir algún estúpido estremecimiento al enterarme de que aquel mod menudo y nervioso provenía de un pueblo de extrarradio famoso por su loquero. Ocurría a principios de los 1990, con decorado de megastore, como en una película de Kevin Smith. Kiko, que tiene prácticamente mi misma edad, llegaba con unos cuantos CDs de Mose Allison “para escuchar” y servidor, ataviado con la clásica sudadera corporativa roja, se los ponía diligentemente para que pudiera comprárselos en vinilo en otra tienda. Así apareció mi nombre en los agradecimientos del fanzine que Kiko manejaba en aquel momento. Se llamaba Hangover (“Resaca”), un nombre muy definitorio para una época de la que confiesa no recordar gran cosa.

Esperando a Kiko

Sentado en un bar de la parte más agreste y escarpada del barrio de Gracia, que Kiko me ha definido como “territorio no ocupado”, pido una cerveza e inevitablemente pienso en el tiempo transcurrido. Aunque a lo largo de los años nos hemos ido tropezando, más o menos a tientas, en bares, conciertos y demás saraos de una escena musical a la que Kiko permanece muy ligado, nunca nos habíamos citado oficialmente. A la postre, me digo que estamos como al principio, pues con Rompepistas Kiko rinde homenaje al mundo que precisamente había dejado atrás cuando nos conocimos. Al poco, me confiesa que “a la hora de ponerme a escribir Rompepistas, tenía en la cabeza otra novela ambientada en 2008 y con personajes de mi misma edad, casi cuarentones”. Miro a mi alrededor. Es una vieja bodega. Suena música de garaje a todo trapo, un tipo se hace un porro solitario en otra mesa, habituales en la barra y un grupo de chicas que charlan animadamente a mis espaldas. Me pregunto si todo esto merece ser contado. Por fortuna, Jorge Herralde, su editor, le recomendó que clausurara primero su “ciclo juvenil, como había hecho Colin McInnes con su llamada ‘Trilogía de Londres’”. Por supuesto, le hice caso: Jorge sabe qué resortes pulsar para convencerme de cosas.”

Aficiones dañinas

Rompepistas es una novela poderosa, emocionante, fundamentalmente honesta y rabiosamente pop, que inmortaliza el Sant Boi de los 1980 a partir de las vivencias de un chaval que tiene más de Kiko Amat que el Julián de El día que me vaya no se lo diré a nadie (2003) o el Pánic Orfila de Cosas que hacen BUM (2007). Si aquéllos eran

proyecciones ficcionalizadas, inspiradas en “combinaciones de amigos pasados y presentes”, Rompepistas –así le llaman sus colegas- “es un reflejo bastante fiable del autor. Sólo le puse gafas”. Kiko creció rodeado de skins y de punks (aunque salió mod), en el bando de los que aman la música y detestan el deporte. Entre rebeldes inadaptados para los que el futuro era un NO. “En mi pandilla, nunca oí hablar del futuro. No te lo digo con nihilismo-epatante, simplemente sabíamos que no podía ser bueno de ninguna manera y que lo mejor era actuar como si no existiera. De ahí la identificación a vida-o-muerte con cultos juveniles, el tatuarse cosas extrañas, tirarse de coches en marcha, tragar farmacias enteras, llevar ropa risible y otras aficiones dañinas de aquellos años.”

Regreso a la adolescencia

Kiko salió adelante en un entorno de clase obrera donde los escritores brillaban por su ausencia. Aunque “mostraba una palpable inclinación para la ficción desde muy niño, la falta de ídolos que emular (en literatura) me quitó brutalmente esa idea de la cabeza. Pensaba que la gente que escribía novelas eran seres superiores con conocimientos infinitamente más profundos y misteriosos que los míos”. Descubrir la pureza de un Richard Brautigan, “tan fresco y tan cercano”, le obligó a intentarlo. Hoy es muy consciente, sin falsas modestias, de que su obra, sencilla, clara y directa, también puede inspirar a otros jóvenes que no han pasado por la Universidad. Escribir, el saberse capaz, le ha permitido llegar a Rompepistas, el libro con el que más ha sangrado. “Revisitar mi adolescencia, volver a ver mentalmente a todos mis amigos de entonces y las cosas que nos pasaron, enfrentarme al inevitable hundimiento de nuestras aspiraciones y a la vez celebrar los bemoles que le pusimos... En fin, me dio una pena bastante grande. Al mismo tiempo, pienso que siempre he sido consciente de que esta era la historia que tenía que contar. Incluso podría decir que todo lo que he hecho hasta hoy (las otras dos novelas, los artículos, los sucesivos fanzines...) no ha sido más que el camino para llegar a esto, el aprendizaje para obtener las herramientas con las que poder llegar a hacer este libro.”

1987 fue un gran año

Rompepistas salda las cuentas con un tiempo y un lugar que sólo Kiko Amat podía contar, pero también es una novela de iniciación en estado puro, que trasciende lo local para abrazar la universalidad sin habérselo propuesto. Si la relación de amor-odio que Amat mantiene con sus orígenes puede resultar fascinante, más desarmante resulta la franqueza sin complejos con la que retrata un momento clave en la vida de cualquiera. Rompepistas nos habla de muchas cosas, pero la narración se centra principalmente en junio de 1987, cuando el protagonista tiene diecisiete benditos años. La edad en la que uno se desprende de traumáticos fardos adolescentes para comprobar que, si el mundo no está a sus pies, ofrece muchas posibilidades: la noche, los amigos, el sexo y tal vez el amor. Rompepistas refleja a la perfección aquella efervescencia que se apoderó de nosotros cuando empezamos a creer que lo esencial estaba a nuestro alcance. Ha llovido mucho desde entonces, los cuarenta amenazan a la vuelta de la esquina, y aquello que llamamos juventud -estirada como un chicle- ya parece casi un delito. Kiko Amat por fin está listo para escribir esa novela de cuarentones.